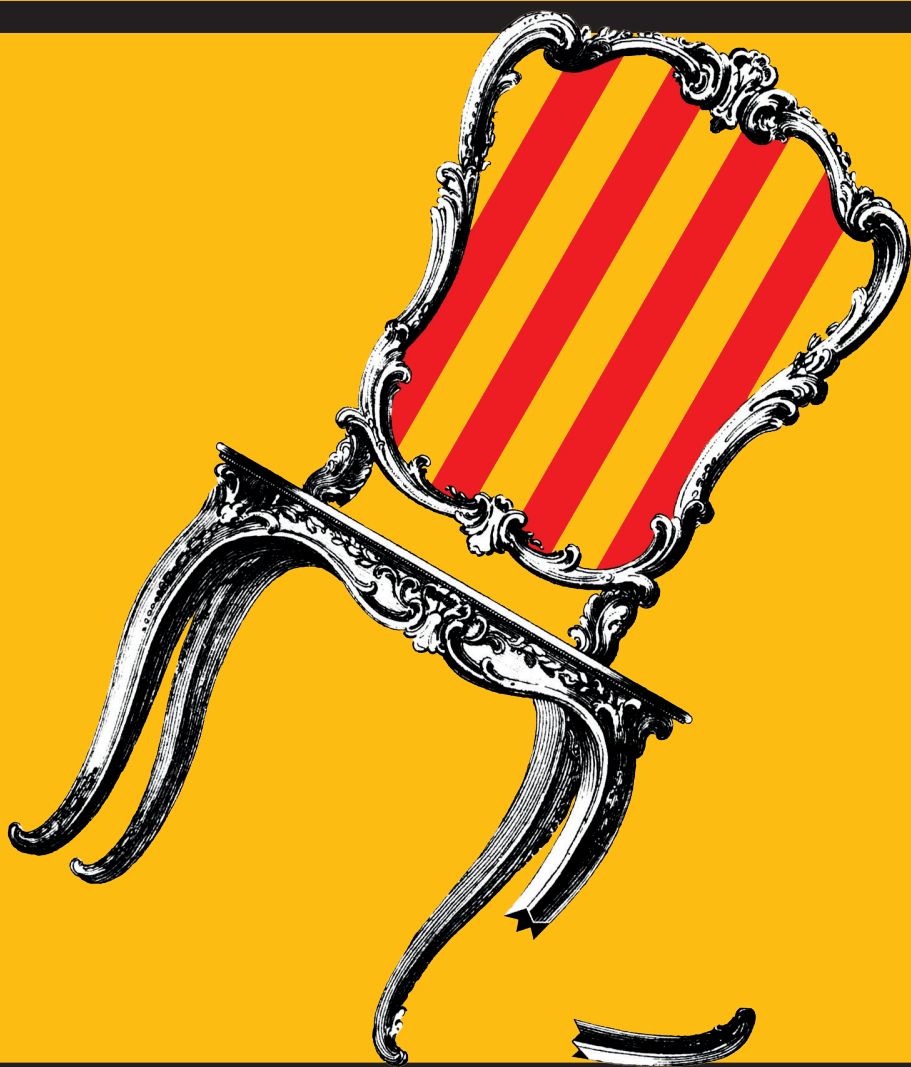


# Manel Pérez

## La burguesía catalana

Retrato de la élite que perdió la partida



# Manel Pérez

# La burguesía catalana

Retrato de la élite que perdió la partida

© Manuel Pérez Arias, 2022

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B. 9.507-2022  
ISBN: 978-84-1100-091-8



## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Introducción  | 9   |
| I. LA SOCIEDAD CIVIL BAJO LA LUPA   | 19  |
| La quiebra de la larga alianza entre la burguesía<br>y el pujolismo         | 19  |
| La forja de una leyenda en Madrid y Barcelona.<br>El Plan de Estabilización | 37  |
| El Cercle d'Economia y el sueño imposible<br>de la burguesía catalana       | 42  |
| Un retrato de la burguesía catalana del siglo XXI                           | 50  |
| Los empresarios pujolistas  | 77  |
| La apoteosis de la sociedad civil... con el permiso<br>de Pujol             | 81  |
| El éxtasis de los Juegos Olímpicos  | 87  |
| La élite desborda a Pujol y cuestiona el orden<br>establecido               | 94  |
| La burguesía se queda sin fuerzas   | 108 |
| Artur Mas, el héroe del mundo del dinero                                    | 119 |
| La tardía ruptura con el PP   | 127 |
| Camino del 1 de octubre. El pacto fiscal se queda<br>en el retrovisor       | 138 |

|    |   |     |
|----|---|-----|
| 2. | LA CAIXA Y EL IRREDENTISMO FINANCIERO CATALÁN                       | 153 |
|    | El gran cambio  | 165 |
|    | Pujol y Vilarasau, choque de titanes                                | 172 |
|    | El Pacto del Majestic y el fin de un modelo                         | 179 |
|    | La Caixa y la crisis del Estatut                                    | 185 |
|    | El reinado de Fainé   | 188 |
|    | La Caixa se protege en Madrid y Mas hace que<br>no se da cuenta     | 197 |
| 3. | LA GRAN CRISIS DEL 1 DE OCTUBRE                                     | 205 |
|    | 2 de octubre, pánico bancario en Cataluña                           | 205 |
|    | La planificación de una posible salida                              | 217 |
| 4. | LA BATALLA POR LA REPRESENTACIÓN                                    | 233 |
|    | Sánchez Llibre en la prisión  | 233 |
|    | La ofensiva del independentismo en<br>las instituciones de la élite | 239 |
|    | Primero, a por la Fira  | 242 |
|    | La batalla perdida del cava   | 250 |
|    | Derrota del <i>establishment</i> en la Cambra                       | 254 |
|    | El dique de contención de PIMEC                                     | 264 |
|    | Entre Puigdemont y el rey   | 266 |
|    | Índice onomástico   | 279 |

## LA SOCIEDAD CIVIL BAJO LA LUPA

### LA QUIEBRA DE LA LARGA ALIANZA ENTRE LA BURGUESÍA Y EL PUJOLISMO

«La traición de Artur Mas fue su paso al lado, cuando entregó el Govern a la CUP, dejando en sus manos la palanca para que Carles Puigdemont fuera el nuevo *president*», sentenciaba en una conversación privada Josep Oliu, presidente del Banc Sabadell, en enero del 2016, unos meses después de los hechos, al analizar la decisión del político nacionalista de no convocar nuevas elecciones y capitular ante el veto a su reelección. Oliu, hombre de ingenio agudo, expresa sus ideas con concisión y la velocidad del rayo. El banquero había transmitido directamente a Mas desde hacía años, pero especialmente el 2015, el rechazo a sus propuestas políticas, y lo sucedido tras las elecciones de septiembre de ese año le reafirmó en sus ideas.

Los independentistas más radicales, cuyo voto era imprescindible, se negaron a apoyar en el Parlament a quien consideraban padre de los recortes presupuestarios. Para evitar nuevas elecciones, Mas intentó primero buscar un acuerdo con la Candidatura d'Unitat Popular (CUP) sobre la base de las propuestas de estos últimos, entre ellas una proclamación parlamentaria que instaba a «declarar solemnemente el inicio del proceso de creación del Estado catalán independiente en for-

ma de República», algo que no solo estremeció a Oliu. Como relata Lola García en *El naufragio*, cuando el *conseller* de Economía en funciones, Andreu Mas-Colell, en pleno Consejo Ejecutivo del Govern, leyó en el móvil el mensaje con la resolución aprobada, «con las gafas subidas por encima de la frente, exclamó indignado: “¡Pero ¿esto qué es?”».

Sin embargo, ni esa aproximación a la CUP ni otras ensayadas aquellos días surtieron efecto y al final Mas tuvo que aceptar que, en su lugar, fuera Carles Puigdemont, un periodista independentista de primera hora y alcalde de Girona, el candidato a la investidura. El pacto final de CDC y ERC, agrupados electoralmente en JxSí, con la CUP, implicó además del cambio de *president*, concesiones también en el ámbito de la política económica, especialmente la fiscal, y dio a ese grupo la llave de la continuidad de la legislatura, lo que fue recibido por gran parte de la élite económica con estupefacción; como un golpe bajo. A esas alturas, la burguesía catalana ya se había distanciado completamente del curso político marcado por Mas. El compromiso con la CUP fue el Rubicón definitivo.

Las elecciones de septiembre del 2015 habían arrojado un resultado endiablado, dejando a la mayoría independentista para investir *president* y desarrollar un programa de Gobierno en manos de ese grupo minoritario. Las dos grandes fuerzas de ese frente, CDC y ERC, habían pactado acudir a los comicios coaligadas tras la marca Junts pel Sí (JxSí), una opción que pretendía sortear la progresiva debilidad electoral del partido fundado por Jordi Pujol. Desde el otoño del 2012, la tradicional coalición de CDC y Unió Democràtica de Catalunya (UDC), Convergència i Unió (CiU), había ido perdiendo representación de forma alarmante. De 62 diputados en el 2010, a 50 en noviembre del 2012. En el 2015, las encuestas y la realidad social apuntaban a un hundimiento electoral aún más profundo. Mas y los suyos presionaron, aprovechando el ambiente

social favorable a la unidad de las fuerzas independentistas, y lograron imponer la coalición a la ERC de Oriol Junqueras, pese a los intentos de este último para evitarlo.

La debilidad electoral y política de la centroderecha nacionalista catalana se había ido agravando a medida que avanzaba la crisis política. Cada paso de Mas para evitar ser desbordado y seguir pilotando la situación erosionaba su autoridad política y estrechaba su margen de maniobra. Pero ese deterioro político no había llegado súbitamente. CiU se adentró en la crisis económica desatada a partir del 2008 encarando un ciclo electoral al alza que solo se truncó, precisamente, en las elecciones de noviembre del 2012. Para entonces, su política de austeridad como respuesta a la crisis económica había carcomido las bases del consenso interclasista que había sostenido históricamente al pujolismo. Una convergencia de intereses entre la burguesía, la alta y, sobre todo, la de las pequeñas empresas; las clases medias y profesionales, cuyas nuevas generaciones ocupaban buena parte de los altos cargos de la Administración autonómica; y capas amplias de trabajadores de servicios públicos y los más cualificados del sector privado. El pujolismo había sido la argamasa política de esa heterogénea base social. Pero, en el 2012, esa construcción estaba desmoronándose. La burguesía quería al mismo tiempo ajustes y ayudas para salvar sus negocios; las pymes se veían devoradas por las grandes multinacionales que aprovechaban la crisis para aniquilarlas; las clases medias temían verse reducidas a la condición de asalariados mal pagados; los funcionarios veían su Administración en bancarrota; y los trabajadores perdían sus empleos en una montaña de cierres sin fin. El descontento y la protesta social eran la tendencia dominante. El *president* era mal recibido y abucheado en casi todas sus apariciones públicas. No tenía ningún futuro político.

Entre los primeros meses del 2012 y las elecciones de noviembre de ese año, Mas y su equipo más próximo cambiaron



de política, en un movimiento con muchas contradicciones y enfrentamientos internos, del que surgió el giro soberanista. Mas pasó de defender la moral calvinista como sostén ideológico de los recortes a renegar de esos ajustes y atribuirlos a la injusticia practicada desde Madrid contra Cataluña. El objetivo fue revertir el desplome electoral y de autoridad que auguraban las encuestas y se respiraba en la calle. Los primeros pasos de ese cambio parecieron dar resultados positivos para sus promotores. Las consultas demoscópicas auguraban un éxito electoral histórico para los convergentes. La calle también había cambiado de atmósfera, allá donde aparecía, Mas recibía muestras de apoyo popular. Aparentemente, todo encajaba de nuevo.

Pero justo cuando pensaba que iba a culminar su ascenso al liderazgo indiscutido con una mayoría absoluta que le otorgaría el margen suficiente para asentar la nueva hegemonía de una renovada CDC —como la que tuvo Jordi Pujol, su padrino político y predecesor durante su largo periodo al frente de la Generalitat—, Mas se dio de bruces con la realidad. Su victoria electoral habría sido un éxito sin precedentes: supondría haberse sobrepuesto al desgaste de veintitrés años de Gobierno convergente y la densa atmósfera de corrupción que los envolvió. No obstante, el golpe de realidad de los resultados de ese noviembre marcó el inicio de su decadencia política. Y señaló nítidamente en el calendario el comienzo del distanciamiento de la corriente principal del poder económico respecto a su acción política y el incipiente *procés*.

Atravesando fases políticas muy claras, la burguesía catalana había empezado acompañando al sucesor de Pujol en su ascenso a la cima; luego detectó el inicio de su caída, momento en el que tomó las primeras precauciones, para acabar finalmente echándole en cara sus errores políticos. Entre el inicio del *procés* (2010-2012) y el momento del paso al lado de Mas,

en enero del 2016, los patricios catalanes vivirán un viaje de ida y vuelta, desde el catalanismo tenue —en parte para evitar el choque con el ambiente y la opinión dominantes en la sociedad catalana del momento— hasta un soberanismo difuso e inconcreto que el nuevo *president* les declinaba de la manera que ellos querían escuchar: austeridad, menos gasto público y presión política en Madrid para conseguir más recursos y dinero por la vía de un hipotético pacto fiscal con el Estado. Compartían la idea de que había que elevar la voz, preocupar a Madrid, dejar claro que estaban insatisfechos.

Atracción, complicidad o análisis coincidente, según las matizadas definiciones de los diversos protagonistas, manteniendo su autoridad social, como clase dirigente de la economía, hasta las elecciones de noviembre del 2012, que en su opinión no debieron haberse convocado; desencanto, alejamiento y presiones para reconducir la situación tras el fracaso electoral. Y temor a perder el control de la política catalana, con Mas claramente desbordado por la irrupción de otros sectores sociales más radicales y con otros intereses; en primer lugar, desplazar a esas élites de sus posiciones de hegemonía. Esas organizaciones, agrupadas en asociaciones civiles como Òmnium Cultural y la Assemblée Nacional Catalana (ANC), llevaban a las masas a las calles, una pulsión extraparlamentaria que encendió todas las alarmas en los salones nobles. Los primeros intentos de rebelión empresarial tuvieron lugar tras la decisión de Mas de responder al fracaso electoral aliándose con ERC, en el arranque del 2013, y la posterior consulta del 9 de noviembre del 2014. Más tarde se produciría el choque frontal a cuenta del referéndum del 1 de octubre de 2017 y la declaración de independencia, suspendida inmediatamente por Puigdemont.

Estaba en juego el histórico modelo social que el poder económico y Jordi Pujol habían construido a partir de su pri-

mera victoria electoral en el ya lejano 1980. Este modelo se resumía en la idea de que la sociedad civil —evocando los grandes hitos de la burguesía barcelonesa, desde el despegue industrial, pasando por el ensanche barcelonés y las grandes transformaciones ligadas al modernismo, hasta las exposiciones universales y encarnada en el ámbito económico en entidades como La Caixa, Foment del Treball Nacional, el Cercle d’Economia o la Cambra de Comerç de Barcelona y, posteriormente, en el Instituto de la Empresa Familiar (IEF) y un grupo de empresarios relevantes— complementaba al Govern desde una posición independiente, con sus propuestas y proyectos. Un flujo de relaciones que, según sus postulantes, diferenciaba a Cataluña del resto de España. Un acuerdo tácito en el que unos hacían ver que Pujol no intervenía en los asuntos de esa sociedad civil a cambio de que el *president* asumiera los postulados económicos de los propietarios.

Poco a poco emergerían desde ese mismo *establishment* posiciones más o menos críticas sobre la veracidad de ese modelo. Ya en la primavera del 2008, Jordi Alberich, director general del Cercle durante dos décadas y dirigente de la desaparecida UDC, señalaría:

Un análisis objetivo de la actuación global de la sociedad civil durante los treinta años de vida democrática en España debe poner de manifiesto una actitud generalizada de subordinación de la sociedad civil a los poderes públicos. Ha sido habitual que incluso las entidades más representativas de la sociedad civil se hayan autolimitado en sus ambiciones, manifestando una actitud de excesiva condescendencia con el poder político. Una actitud que se podía entender en los primeros años de la transición democrática, cuando la apuesta del conjunto de la sociedad era reforzar los partidos políticos para consolidarlos como ejes esenciales de la vida democrática.

Alberich se mostraba crítico con la clase política y más benevolente con la llamada sociedad civil. Años después, desde los sectores impulsores del *procés*, no desde la sociedad civil sino desde las clases medias, se dispararían los dardos, pero en sentido contrario, contra la pretendida pasividad política de los Gobiernos nacionalistas de Pujol y Mas hacia el mundo y los intereses de los grandes negocios.

Desde que Jordi Pujol demostró en 1980 que él y CDC eran la única alternativa con suficiente apoyo electoral para cerrar el paso a la izquierda en Cataluña y con capacidad de influir en la política que se decidía en Madrid —especialmente cuando desaparecían las mayorías absolutas en el Congreso de los Diputados—, el nacionalismo catalán se había convertido en el vector político mayoritario entre los sectores económicos más influyentes. Cuando se desató la crisis económica del 2008, los patricios de la economía siguieron próximos al sucesor de Pujol. Artur Mas no despertaba las pasiones de masas del primero, pero su perfil de gestor laborioso y aplicado, preocupado por el rigor de las cuentas públicas y conocedor del mundo económico, gustaba a los empresarios locales. Venía de fajarse en la oposición a los tripartitos presididos por los socialistas Pasqual Maragall y José Montilla, con los que protagonizó campales batallas políticas, en particular, contra los aumentos de impuestos, siempre la primera preocupación de los sectores adinerados. Los socialistas, por su parte, le reprochaban la acumulación de asuntos de corrupción, nunca reconocidos pero siempre presentes en crónicas judiciales y políticas. Pese a estar aún en la oposición en Barcelona y pocos meses antes de ganar las elecciones, Mas mantuvo el pulso, profundizó en esa línea y se convirtió, con su abstención parlamentaria de mayo del 2010, en el salvavidas imprescindible del giro hacia los recortes y la austeridad del presidente socialista José Luis Rodríguez Zapatero. Así accedió, al tercer in-

tento, a la presidencia de la Generalitat. Para esa burguesía barcelonesa, también parte de la madrileña, Mas realizó un arriesgado ejercicio de responsabilidad al salvar el duro plan de Zapatero, en contraste con la insensatez del Partido Popular (PP) de Mariano Rajoy, que se puso de costado y rechazó apoyar las medidas que Europa pedía al Gobierno español en plena crisis de la deuda pública y el euro. Durante ese primer periodo, Mas fue el hombre de moda del poder económico.

En honor a la verdad, el sucesor de Pujol encaró una compleja tarea llena de trampas y obstáculos. Tuvo que elaborar un nuevo programa de resistencia para salvar un partido que prácticamente desconocía la vida fuera del poder, lo que su equipo dio en llamar una larga travesía del desierto; estar en la oposición, un periodo que duró siete años. Y en competencia con otra formación nacionalista, ERC, instalada en el Govern del primer tripartito. Forzosamente debió radicalizar un discurso que ya no podía ser solo el del partido de orden con la responsabilidad de gobernar. Mas pilotó ese giro con un equipo, el *pinyol* (hueso), mayoritariamente ajeno al *establishment* barcelonés, ese en el que el líder convergente se había acostumbrado a navegar con comodidad y con el que se forjó un perfil de *business friendly*. Además, cargaba con el lastre de veintitrés años de desgaste del Gobierno pujolista a sus espaldas, con las alforjas repletas de acusaciones de corrupción, en gran parte verídicas, como acabaría quedando de manifiesto, en el caso más sonado e inimaginable, con el mismo patriarca del nacionalismo conservador.

Finalmente, Mas obtuvo la victoria que definitivamente lo llevaría al Palau de la Generalitat tras capitalizar, entre otros episodios, el fallo del Tribunal Constitucional sobre el Estatut, en el verano del 2010. La sentencia dio rienda suelta a la indignación generalizada en Cataluña. A partir de ese momento, la grave recesión económica y la crisis política se mez-

clarían en la batidora social, propulsando el ascenso del independentismo. El clamor social ante la debacle económica y el descontento político confluyó con una larvada insatisfacción de sectores de las clases medias y profesionales e incluso de algunos miembros de la aristocracia del dinero y la industria. El giro soberanista de Mas, y su éxito inicial, consistió en vincular el rechazo a la sentencia, que tenía un enorme respaldo popular, con las destructivas consecuencias económicas de la crisis financiera. Esta sería consecuencia casi exclusiva de la viciada relación entre Cataluña y España; el fracaso de la negociación política y el mal funcionamiento del Estado explicaban la gravedad de la situación económica. Como se iría viendo después, el éxito de ese relato se manifestaría en la eclosión masiva de nuevos independentistas no nacionalistas, funcionales o prácticos, económicos, convencidos de que el origen de sus problemas de orden material y de calidad del modelo catalán en la globalización se explicaban por la subordinación política al Estado.

Entre el 2001 y el 2013, especialmente durante los años de la crisis, cuando el *procés* estaba en sus primeras etapas, la industria catalana padeció una destrucción, en forma de cierres de empresas, pérdidas de empleo y caídas de la inversión, «no vista en los últimos cincuenta años», es decir, desde los tiempos del Plan de Estabilización de 1959, según la concluyente descripción de Josep Oliver, el economista que más ha estudiado su evolución reciente. Esta destrucción no era comparable a la sufrida en ninguna otra región económica europea. Como consecuencia, la Cataluña que había emergido en 1995 «como una potencia industrial en el concierto europeo», solo un lustro después empezó a perder fuerza «de forma tan severa, que ya no aparece entre las regiones más industriales de Europa y está muy alejada de las alemanas, algunas italianas y de buena parte de las del centro y el este europeo más indus-

trial. Ha dejado de ser una potencia industrial en el concierto europeo». Una decadencia sin paliativos sin cuya cabal comprensión es imposible entender las tripas de lo sucedido en la Cataluña de este siglo y sus dinámicas sociales y políticas.

La inquietud se extendió también entre núcleos de funcionarios públicos de una Administración autonómica en situación crítica tras los embates de la Gran Recesión. Este fue otro nutriente social clave del movimiento que transitaba del catalanismo o nacionalismo pujolista hacia el nuevo independentismo, definido inicialmente con el ambivalente y modulable concepto de soberanismo, lo suficientemente abierto para atraer a los sectores más diversos.

Las dos crisis, la política y la económica, ya estaban presentes en la coyuntura previa a la sentencia del Constitucional y las elecciones catalanas del 2010, pero aún no había un hilo argumental definido, consistente, desarrollado, sobre sus causas ni la forma de superarlas, más allá de la tradicional distancia respecto a Madrid y el convencimiento de que las decisiones que allí se adoptaban nunca tenían en cuenta las necesidades de los catalanes, cuando no buscaban directamente fastidiarlos. La sentencia del Tribunal Constitucional ayudó a escribir las primeras líneas de ese relato. El discurso tradicional del pujolismo ya no podía seguir siendo el marco de referencia de la sociedad catalana. Tras un primer intento de Mas de afrontar la crisis económica con recetas ortodoxas y sin cuestionar el orden establecido, acabaría enlazando esta con la propuesta de otro modelo de Estado, para lo cual debió renegar de su aproximación inicial, política ortodoxa y negociación clásica con el Gobierno central. Ahora se trataba de reconducir la inquietud social, que amenazaba con aplastarlo, hacia la negociación de un nuevo acuerdo con el Estado.

Y fue entre el verano del 2010, con la masiva manifestación contra la sentencia del Tribunal Constitucional, y las eleccio-

nes de noviembre de ese año cuando Mas obtuvo una mayoría suficiente como para recuperar el Govern: la CDC pos-Pujol vivió así su gran momento de gloria. La masiva protesta contra el fallo que podaba lamentablemente el Estatut y en la que estaba de cuerpo presente José Montilla, todavía *president* de la Generalitat, pero ya políticamente defenestrado, anticipó la rotunda victoria convergente en los comicios que se celebrarían unos meses después.

El propio Pujol —todavía un personaje con elevada influencia política, ya que aún no había trascendido el revelador episodio de sus cuentas andorranas— intervino para ayudar al éxito de la protesta, estimulando la participación entre las élites económicas y consiguió, tras reunirse con sus máximos responsables, que gran parte de las patronales y asociaciones vinculadas a la economía se pronunciaran públicamente como organizaciones y asistieran a la manifestación contra el fallo. En el inusual acto de pisar el asfalto del passeig de Gràcia barcelonés para protestar contra la sentencia, estuvieron aquella tarde, entre los menos entusiastas, Juan Rosell, presidente de Foment y, más adelante, de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) y Miquel Valls, presidente de la Cambra de Barcelona. Más cercanos al nacionalismo, Josep González, presidente de Micro, Petita i Mitjana Empresa de Catalunya (PIMEC); Eusebi Cima, de la patronal Cecot; y Josep Mateu, de la Fundació d'Empresaris de Catalunya (FemCAT). En el caso del Cercle d'Economia, pieza clave en el relato de lo sucedido en estos años tumultuosos y centro de referencia del sector mayoritario de la burguesía, acudió a título personal su entonces presidente, Salvador Alemany, pues la entidad no llegó a pronunciarse institucionalmente sobre la sentencia, tras un intenso debate interno. No faltó ningún representante de las principales entidades empresariales del país.